

# Un Ministerio de la Cultura, ¿para qué?

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

UNA cena es buena ocasión de intercambios serenos y sinceros. Este es el momento que el ministro Cabanillas escogió para reunir, él y su secretario de Estado, a diecisiete personas del mundo de la cultura (de la música, la novela, la poesía, la edición, el teatro, el ensayo, la crítica...).

Cabanillas nos habló con entusiasmo de los medios que inicialmente había conseguido para la defensa del derecho a crear, así como el de proteger el patrimonio ya creado. Y habló también de lo que se precisa —y piensa conseguir— para la difusión de la creación actual y de la del pasado.

Pero los medios suponen un fin. Y este fin se llama una "política cultural". ¿Cuál va a ser la política cultural —dejemos preguntarnos— del reciente ministro de este novedoso alto organismo que esperamos estrenar pronto según él dijo?

Antes que en los medios, sin duda importantes y necesarios, hay que pensar en los fines. El fin principal será propiciar la cultura. Tenemos que conocer a lo que nos referimos con esta palabra, y así sabremos qué es lo que se tendrá que fomentar en un Ministerio que lleva tan flamante nombre.

Desde luego, no puede ser ni un sucedáneo de un Ministerio de Información, ni menos todavía un Ministerio de Propaganda. Necesita el nuevo ministro desmontar todo lo heredado hasta ahora. Cosa no pequeña, y que supone una costosa labor. Pero sin ella estamos abocados a caer en manos de un peligroso híbrido que, con eufémico nombre, esconda una nueva e inaceptable mercancía. Ha de barrerse de modo inmisericorde todo aquello que huele a censura y prohibición por un lado, a un control administrativo por conveniente que puede parecerles todavía a algunos; y —por otro— ha de evitarse cualquier tipo de influencia coactiva.

Quien dice Cultura dice libertad. Sin esta última no hay ni expresión ni creación. Y sin estas dos manifestaciones no tendremos sino un simulacro cultural, un peligroso "ersatz" que envolvería nuevamente a los españoles en un nacional-culturalismo allí donde tuvimos un nacional-catolicismo.

¿Qué es entonces la cultura? Herriot —el famoso político radical que cubrió en Francia una importante etapa política de este siglo— dijo que "cultura es aquello que queda cuando se olvida lo que se aprendió". Es el poso que dejan las ideas, esas nociones del espíritu humano

que lo abarcan todo y no se quedan sólo en conceptos abstractos, sino que participan de la riqueza de la realidad.

La cultura es vivencia y expresión de ideas. Por eso es literatura, arte, música, filosofía... Sabiduría de la vida en una palabra, con toda la riqueza que tiene su realce cuando la vivimos consciente y generosamente sin quedar uno encerrado sólo dentro de sí mismo.

Ideas que actúan sobre todo como catalizadores porque, cuando son transmitidas y aprendidas, dejan una impronta que es la que hace al espíritu humano cultivado, culto: las ideas que vive el hombre le hacen a él más hombre, y luego las deja intactas para que otros se aprovechen de ellas como hacen los catalizadores químicos que se desprenden de sí mismos y luego se recuperan totalmente. El hombre se enriquece no principalmente por su almacén de cosas aprendidas, sino por su enriquecida estructura. Aunque el papel del cúmulo de ideas sea camino necesario, el culto no es el que sube más de memoria, sino el que ha aprendido por el camino de las más variadas ideas de los hombres a enjuiciar por sí mismo todas las cosas, y por tanto a autogobernarse. No a ser un autómata de influencias exteriores, sino un ser que sea él mismo, y que de su interior broten sus posibilidades en el mundo y para el mundo.

Este ser conjuntado espontánea y personalmente —no descoyuntado ni tampoco artificialmente construido— es el libre producto de una cultura positiva que brota sin presiones de los demás, sino del hombre mismo, de su entraña misma, de aquella profundidad que le universaliza. Y que ha aprendido de una vez por todas, como bien dice el filósofo católico Lacroix, "que no puede haber cultura sin diálogo", porque todo lo que, de buena o de mala fe, mata el diálogo es anticultura, es prostitución de la cultura, es su rebajamiento y asfixia.

No olvidemos, sin embargo, que las ideas son conceptos en bruto. Y los verdaderos conceptos son el refinamiento de la idea, que expresan —como decía nuestro aragonés Gracián en su Crítica— "la correspondencia entre los objetos". Por eso necesitamos, como él señalaba, "ojazos muy despiertos", ya que precisamos —si somos de verdad hombres— "ver para poder vivir". Y tener para ello ojos bien abiertos en todos los sentidos, pues de ellos —los sentidos— viene su fruto que es el concepto que cada uno se forja de la realidad, la rela-

ción que hemos de descubrir por nosotros mismos que entre las cosas existe, y que debe tener como consecuencia la personal actitud ante la vida.

Esos ojos que no nos han dejado tener en nuestra anterior época. O lo que es peor todavía: hemos tenido, que tener unos ojos mixtificados, que no podían ser los nuestros, sino de aquel que mandaba porque dependíamos en todo de la voluntad ajena. Con su rudeza aragonesa definió Gracián, en inteligente previsión, el dolor de estar bajo esa presión social, como ocurrió durante siglos en forma cada vez más clara en España. "Gran cosa —decía— aquello de no depender de la voluntad ajena, y más de un necio, de un modorro; que no hay tormento mayor como la imposición de hombres sobre las cabezas". ¡Y de cuántos "necios" y "modorros" hemos dependido!...

Imposición de los demás que no debería volver nunca más, porque de nosotros han hecho un país con "sombras de hombres", con "hombres borrados", con hombres llenos de borra y de aire que —gracias a Dios— no nos conformamos ya con seguir siéndolo por más tiempo.

Nos falta cultura; y para adquirirla nos hace falta un total clima de libertad. La más clara manifestación de esta ausencia sistemática que ha empobrecido a los españoles de ideas es la pobreza actual de nuestro lenguaje, de nuestro vocabulario, de nuestras expresiones. Basta leer o escuchar para observar que no sabemos decir las cosas, llamarlas por su nombre. Nuestra pobreza terminológica es triste, y nuestra falta de juicios claros, ricos y razonados es su consecuencia. Nuestra expresión más usual es la interjección y el adjetivo simplificador, no la apertura a más hondas consideraciones.

Broten, y háganse brotar, las ideas para salir de este purgatorio que se nos hizo vivir. Dése curso libre a su expresión, que podamos confrontarlas los hombres libres unos con otros, en paz. Foméntese en la mayor medida su posibilidad. Y dése ayuda a la riqueza de actividades autónomas no gobernadas por el Estado, sino favorecidas por él con generosidad y sin coacción; nacientes desde abajo, y desde arriba solo animadas sin paternalismos empuñados.

Señores: hágase un Ministerio de la Libertad de la Cultura y de las Culturas, y no un Ministerio de la Cultura. ■